

adornado de lámparas a la comunidad cristiana, les predica largamente y después parte el pan”.

Aquí está ya —acota el autor católico— la Misa en sus dos grandes partes tradicionales: la una con intenciones prevalentemente didácticas, verdadera reunión imitadora de las reuniones sinagogaes de las comunidades hebreas, y la otra, el sacrificio, renovación en lo esencial del rito llevado a cabo por Jesús en la Cena. Las dos partes constituyen la “sintaxis eucarística”, y tomarán con el tiempo los nombres respectivos de Misa de los catecúmenos y Misa de los fieles, de donde después vino a todo el conjunto el nombre de Misa (*ibidem*: 19-20).

Esto basta para que quien haya seguido estas notas haga sus propias reflexiones e inferencias, y opine si es verdad o no que los concheros del Bajío (“Guardianes de la Santa Cuenta”, debiéramos llamarles en estricto sentido), con su peculiar ceremonia de vísperas del 3 de mayo, traen al escenario actual de la cultura y la historia regional un ritual de rico y conmovedor sincretismo religioso, cuya esencia y finalidad antropológica e histórica, en el plano de lo místico simbólico, tal vez va más allá de lo que hemos interpretado. Digo hemos, porque pienso que no me refutaría gran cosa el etnólogo Moedano Navarro, mi amigo, que trabajó y legó este registro tan precioso y fundamental del caso. (Cuando mi ánimo en lo futuro dialogue con la de él, en algún paraje sagrado del Bajío, afinaremos este acuerdo. Mi perro bermejo “Cachún” presenciara el encuentro y de gusto moverá el